

Trabajo sexual en la Av. Alfonso Ugarte: materialidad urbana, lugar y cuerpo

Mariana Bravo

Estudiante de Antropología en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
e-mail: a20175705@pucp.edu.pe

Nicoll Macassi

Estudiante de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
e-mail: nicoll.macassio@pucp.edu.pe

Mauricio Jarufe

Estudiante de Antropología en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
e-mail: mauricio.jarufec@pucp.edu.pe

Resumen

El artículo examina la relación entre el trabajo sexual y distintas experiencias urbanas en una zona concurrida del centro de Lima. Esta es una versión resumida y adaptada de un informe de investigación elaborado para el curso de Antropología Urbana en la Pontificia Universidad Católica del Perú. A partir de la información recopilada en base a metodología urbana como la “observación flotante” y de manera secundaria de entrevistas no estructuradas, se busca describir y analizar el rol de las trabajadoras sexuales en el escenario urbano de la avenida Alfonso Ugarte. La hipótesis principal sugiere que las trabajadoras sexuales son protagonistas de este espacio, dado que su presencia determina y altera comportamientos y creencias de distintos actores. Para ello, se presentan dos hallazgos principales: partiendo del concepto de “no lugar” para comprender las trayectorias que sexotrabajadoras y otros agentes establecen en la zona, en una suerte de coreografía urbana acordada implícitamente. Por último, se analizan las acciones performativas que realizan las sexotrabajadoras desde sus cuerpos y la producción de una serie de símbolos y significados en relación al espacio público. Concluimos justificando que la presencia de sexotrabajadoras determina una serie de relaciones sociales y acciones performativas en la zona.

Palabras clave

Trabajo sexual, uso del cuerpo, no lugar, movilidad urbana, imaginarios urbanos.

Sex work on Av. Alfonso Ugarte: urban materiality, place and body

Mariana Bravo

Anthropology student at the Pontifical Catholic University of Peru (PUCP).

e-mail: a20175705@pucp.edu.pe

Nicoll Macassi

Anthropology student at the Pontifical Catholic University of Peru (PUCP).

e-mail: nicoll.macassio@pucp.edu.pe

Mauricio Jarufe

Anthropology student at the Pontifical Catholic University of Peru (PUCP).

e-mail: mauricio.jarufec@pucp.edu.pe

Abstract

The article examines the relationship between sex work and different urban experiences in a crowded area of downtown Lima. This is an abridged and adapted version of a research report prepared for the Urban Anthropology course at the Pontificia Universidad Católica del Perú. Based on the information gathered from urban methodology such as “floating observation” and secondarily from unstructured interviews, it seeks to describe and analyze the role of sex workers in the urban scenario of Alfonso Ugarte Avenue. The main hypothesis suggests that sex workers are protagonists of this space, since their presence determines and alters behaviors and beliefs of different actors. To this end, two main findings are presented: starting from the concept of “non-place” to understand the trajectories that sex workers and other agents establish in the area, in a sort of implicitly agreed urban choreography. Finally, we analyze the performative actions that sex workers perform with their bodies and the production of a series of symbols and meanings in relation to public space. We conclude by justifying that the presence of sex workers determines a series of social relations and performative actions in the area.

Keywords

Sex work, body expressions, no-place, urban movility.

“Era una ciudad ésta que se basaba en el conflicto, anómica, desorganizada, ajena u hostil a toda tradición, cobijo para heterodoxos y rebeldes” (Delgado, 1999, p. 24).

Introducción

El trabajo sexual, a pesar de su presencia en la rutina social y su rol en la economía formal e informal, es una realidad considerada tabú y una temática de especial controversia en la discusión pública. Las investigaciones en esta temática no son del todo recientes, en algunas el foco de investigación pretende analizar la actividad a lo largo de los años (Prieto, 1975¹; Chuhue, 2010²; Drinot, 2022³). Otras presentan enfoques interesantes, pero también han sido desarrolladas en el siglo pasado (Dávalos y Lissón, 1863⁴; Merkel, 1908⁵; Cavagnoud, 1980⁶; Perlongher, 1993⁷; Nencel, 1993⁸; Trapasso, 1996⁹; Deza, 1996¹⁰; Caro, 1999¹¹). Es así que se evidencia una falta de información sobre la práctica actual en diversas partes del país, con algunas excepciones (Gorenstein, 2012¹²). Las dificultades en el recojo de información, los sesgos sociales, la presencia de discursos conservadores, la informalidad de quienes lo ejercen son, entre otros, los principales obstáculos para el análisis del trabajo sexual.

Sin embargo, dada su evidente presencia en espacios públicos y el rol de las trabajadoras sexuales como parte de las rutinas y prácticas de la ciudad, resulta imperante fomentar el acercamiento antropológico a la participación de estos agentes. Por obvias razones, la presencia de trabajadoras sexuales puede determinar y modificar las dinámicas sociales dentro de un escenario urbano en específico, con consecuencias diversas. En esa línea, este trabajo tiene su punto de partida en conceptos de la antropología urbana como “ciudad practicada” y “ciudad concebida”; la posible apropiación de ciertos colectivos que reconfiguran los significados de un espacio en particular, y el concepto de “no lugar” intersectado a problemáticas sobre el uso del cuerpo y performance de las mismas trabajadoras sexuales.

La zona estudiada es un tramo particular de la Av. Alfonso Ugarte, en el centro de Lima, la cual cuenta con una evidente presencia de trabajadoras sexuales durante

1 Prieto, R. (1975). Guía secreta: Barrios rojos y casas de prostitución en la historia de Lima.

2 Chuhue, R. (2010). Plebe, prostitución y conducta sexual en Lima del siglo XVIII: apuntes sobre la sexualidad en Lima Borbónica.

3 Drinot, P. (2022). Historia de la prostitución en el Perú (1850-1956).

4 Dávalos y Lissón, P. (1863). La prostitución en la ciudad de Lima.

5 Merkel, F. (1908). Reglamentación de la prostitución en Lima.

6 Cavagnoud, R. (1980). Sociología de la supervivencia: las adolescentes en situación de comercio sexual en Lima.

7 Perlongher, N. (1993). La prostitución masculina. <http://investigacionsocial.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/103/2013/03/Perlongher-Nestor-La-Prostitucion-Masculina.pdf>

8 Nencel, L. (1993). El género como sentimiento incommunicable: compartiendo el espacio con prostitutas en Lima.

9 Trapasso, R. (1996). Prostitución: respuesta a los roles de género.

10 Deza, S. (1996). Panel: La prostitución desde diferentes enfoques.

11 Caro, L. (1999). De cuerpos y puñales: prostitución masculina y violencia juvenil en una Lima de fin de milenio.

12 Gorenstein, S. (2012). Prostitución: permitida y estigmatizada. El trocadero Lim-Callao. Perspectivas discursivas a partir de las historias de vida de seis mujeres que se prostituyen en el trocadero. *Tesis de Licenciatura en Sociología*.

diversas horas del día. En este espacio parecía pertinente indagar sobre la posible influencia de las trabajadoras en las dinámicas particulares de los transeúntes, las relaciones económicas y sociales del espacio; y, los imaginarios en torno a este. Por ello, inicialmente se sugirió que la presencia de trabajadoras podía afectar el uso del espacio y alejar o acercar a ciertos agentes y ciertas prácticas.

En ese sentido, la investigación busca responder: ¿De qué manera la presencia de trabajadoras sexuales contribuye a la constitución del espacio público en la avenida Alfonso Ugarte? Utilizamos “constitución” como un término lo suficientemente general como para incluir diversas variables como el uso de espacio, movilidad, relaciones económicas y sociales, reconociendo que la presencia de sexotrabajadoras y su posible influencia debe ser entendida desde aristas diferentes y complementarias. Cabe resaltar que nuestra investigación aborda un aspecto particular de las trabajadoras sexuales y que aún quedan muchas temáticas por profundizar e indagar.

Metodología y marco teórico

El trabajo de campo se circunscribe alrededor de dos manzanas en las cuadras 6 y 7 de la Av. Alfonso Ugarte, antes de llegar al Óvalo 2 de Mayo. Con mayor precisión se observaron las siguientes calles alrededor de dicha avenida: Jirón Cañete, Jirón Zepita, Jirón Angaraes y el Pasaje Larrabure. Esta zona se ve usualmente concurrida no solo por la disponibilidad de sexotrabajadoras, sino porque alrededor se encuentran instituciones del Estado como hospitales, universidades, oficinas estatales y museos. Entre estos están, al frente del área de interés, el Hospital Nacional Arzobispo Loayza; al costado, el Hospital Nacional Docente Madre Niño San Bartolomé; y, cuadras atrás, la Universidad Nacional Federico Villarreal.

Figura 1

Panorama desde cuadra 7 de Avenida Alfonso Ugarte



Además, para muchos transeúntes este es un lugar de paso en el que pueden tomar el bus apropiado para continuar con su trayecto, al ser el óvalo un punto de enclave entre distintas rutas que atraviesan el centro de la ciudad. La combinación de dichos factores contribuye a ser vistos por comerciantes, formales e informales, como espacios óptimos para el comercio, por lo que el lugar presenta un constante flujo de movimiento peatonal y comercial en distintos horarios, sobre todo en la tarde-noche.

Para el desarrollo del trabajo de campo se contó aproximadamente con 3 semanas, durante las cuales se realizaron alrededor de 10 visitas durante el mes de octubre y noviembre de 2022. Los horarios y días de la semana fueron variados; es decir, se trató de ir no solo los fines de semana y en horario nocturno -donde se espera encontrar más movimiento asociado con el trabajo sexual de las mujeres- sino también durante el día, y de lunes a viernes. Debido a la corta duración del campo y factores de riesgo (riesgos de las etnógrafas y de las sujetas de estudio), los métodos etnográficos usados han sido adaptados a las circunstancias y limitaciones.

Se han utilizado métodos cualitativos, que nos permiten un mejor acercamiento a las sujetas y sus opiniones, pero también a la experiencia sensorial en sí. Se priorizó la observación participante y, sobre todo, la “observación flotante” definida por Delgado (1999) como método de acercamiento sensorial a los espacios. También se realizaron 3 conversaciones informales sobre cómo se percibía y experimentaba el espacio en el que trabajan o transitan personas externas al trabajo sexual. La primera entrevista fue a un transeúnte varón, otra a una mujer comerciante y la última a una activista transgénero. Previo a su realización se les solicitó su consentimiento y se informó sobre los objetivos de la presente investigación¹³. Cabe resaltar que, aunque en un principio nuestro ideal era entrevistar a las sexo trabajadoras, la seguridad y la falta de confianza hacia personas externas nos impidió proceder. Sin embargo, gracias a una conversación no planificada con una de ellas pudimos confirmar ciertos datos como la procedencia nacional de las trabajadoras, la edad promedio, las dinámicas de seguridad y la privacidad de sus redes de trabajo. En este caso también se comunicaron los objetivos del estudio y se solicitó su consentimiento para el uso de información.

Como menciona Marrero (2008) para estudiar el espacio urbano debemos ir acorde con su propia naturaleza. Para dicho autor, lo urbano es imprevisto, efímero y líquido; por ello, uno debe acercarse desde el centro mismo de sus relaciones y en un estado de predisposición a sentir los estímulos que surjan. Mirar, pasear, oler y conversar son herramientas que destaca (Marrero, 2008, pp. 75). Esta metodología ha sido denominada por otros autores como investigación naturalista; es decir, un “examen directo del mundo social empírico” (citado en Marrero, 2008, p. 84). Acorde a lo mencionado, Delgado (1999) introduce una técnica que Petonnet (1982) denomina

¹³ Nuestras preguntas iban dirigidas en torno a cómo percibían y experimentaban en el espacio donde transitan o laboran. Una fue realizada a un transeúnte hombre de aproximadamente 45 años; la otra, a una mujer que vendía churros y dulces; y, por último, se tuvo una conversación corta con una de las trabajadoras sexuales de la zona.

como “observación flotante”. El método implica en dejar ‘flotar’ la información y los estímulos para que por sí solos penetren en la experiencia del investigador. Es decir, no forzar la atención en un solo aspecto (citado en Marrero, 2008, p. 85). La técnica responde, evidentemente, a que la etnógrafa es quien estudia y es estudiada, dado que ella misma es un agente relevante dentro del espacio urbano que estudia. Basándonos en estas directrices, hemos priorizado nuestra experiencia urbana en el transcurso de nuestras visitas: las emociones que evocaba la cantidad de personas, los sonidos y símbolos del espacio, y cómo esto afectaba en nuestro sentimiento de seguridad y percepción del espacio; además, cómo el espacio urbano y sus cambios de horario afectan las dinámicas entre las trabajadoras, los hombres y los comerciantes.

Elegimos este tipo de herramienta metodológica, por dos razones principales: en primer lugar, porque hay una correspondencia entre el sujeto de estudio y el ámbito urbano que permite captar de mejor manera la vida urbana. En palabras de Lefebvre, la ciudad es el objeto, lo material; mientras que lo urbano es la vida misma (Marrero, 2008, p. 75). De este modo, el análisis de la vida urbana puede ser más aprehensible mediante los sentidos, porque nuestra experiencia urbana se complejiza a algo más allá de la estructura material y se enfoca en la experiencia, subjetiva y dinámica. En segundo lugar, tomando en cuenta que la duración del trabajo de campo no hacía posible establecer redes de contacto y desarrollar lazos de confianza con las trabajadoras o transeúntes, había que priorizar otros métodos más allá de las entrevistas, como la observación.

Consideramos relevante mencionar que la etnografía antropológica evidentemente tiene diversas herramientas más allá de las conversaciones o entrevistas. En este caso, como antropólogas, resulta interesante en ellas, sobre todo cuando nuestra disciplina busca acercarse a las personas más allá de cálculos racionales, objetivistas y fríos, es decir, tomando en cuenta emociones y subjetividades. En este caso, sería erróneo dejar de lado las ‘imágenes’ que la ciudad genera a través de sus paisajes o sonidos, los cuales pueden dar información acerca de sí misma (Fortuna, p. 40). Es por ello, que esta investigación pretende aportar en considerar una variedad de métodos y usos diversos al hacer etnografía. Por eso, en la producción del informe completo se incluyó material audiovisual (mapas, cortometraje experimental, recopilación de imágenes). Reconocemos, además, que, de tener mayores facilidades, se pudo haber expandido en estos otros métodos de recopilación de información para futuros proyectos.

Hallazgos

Nuestros hallazgos se dividen en dos. Partimos del concepto teórico de “no lugar” para analizar la materialidad de la ciudad y las movilidades observadas, con ello dar una descripción detallada de las dinámicas que se entretienen. El segundo tiene relación con el uso del cuerpo como espacio simbólico que crea micro dinámicas eróticas.

Espacio habitado: El “no lugar”, uso del espacio y las trayectorias de los individuos.

Nuestro primer acercamiento teórico parte de la problematización del concepto de “no lugar” propuesto por Augé, el cual sostiene que ciertos lugares concurridos y de paso rápido no construye en ella relaciones sociales que afirmen las identidades de los individuos (2000). En base a un acercamiento de “observación flotante” comenzamos esbozando el espacio comercial y su relación con las trayectorias de las sexo trabajadoras.

Para Delgado (1999) los espacios urbanizados muestran vínculos preferentemente laxos y no forzosos. Los intercambios aparecen en gran medida no programados, fortuitos. Es decir, domina la incertidumbre sobre interacciones y el grueso de las relaciones sociales se produce entre desconocidos o conocidos «de vista» (p. 23, 24). Nuestra percepción original sugería que los espacios en los que se practicaba el trabajo sexual podían ser concebidos como no lugares, espacios de transición y asociados negativamente. El análisis en la zona de 2 mayo sugiere que se pueden establecer diferentes relaciones con el espacio, incluso en contradicción entre sí, y que la presencia de trabajadoras sexuales no implica necesariamente marginalidad espacial.

En esta dinámica de flujos se ha forjado aquella “sociedad líquida” referida por Bauman (2006), donde la rapidez y la inmediatez son los objetivos que se buscan a través del movimiento continuo de seres y cosas. Tal liquidez ha cambiado las dinámicas sociales y la manera de experimentar los espacios cotidianos de acceso público. Según Augé (1994), este flujo veloz ha creado una especie de “no lugares”, aquellos carentes de significado y de todo aquello que caracteriza a los lugares desde la visión de la antropología. Sin embargo, es necesario alejarse de este estereotipo de “no lugares” e indagar sobre las nuevas formas de lugares que hayan podido emerger desde esta característica móvil del mundo actual. (Sandoval 2021). La noción de “no lugar” contrasta, evidentemente, con la noción de “lugar” o place (Cresswell, 2004) que establece, comúnmente, que una locación con ciertos sentidos adscritos por los sujetos se hace un “lugar” (Cresswell, 2004, p.8) a partir de símbolos y sentidos evocados.

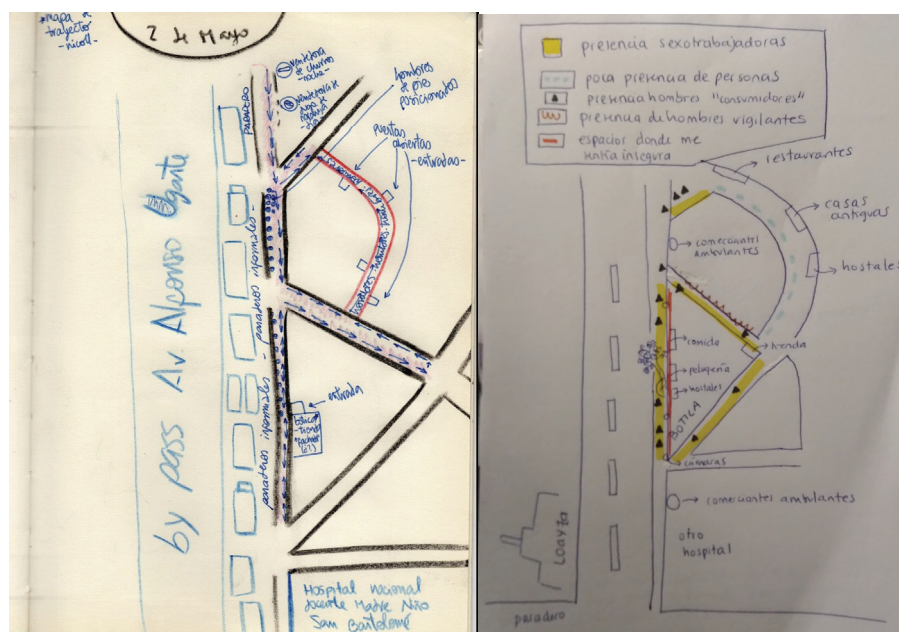
En ese sentido, nuestra noción de “no lugar” como espacio conflictivo, pasajero e impersonal se vio confrontada con la evidencia en Alfonso Ugarte. Incluso cuando se tratara de un “no lugar” por su carácter de espacio de tránsito, las relaciones establecidas allí no eran completamente antagónicas y la presencia de las sexotrabajadoras, en lugar de alejar posibles transeúntes y comercio, había influido en las relaciones comerciales y sociales, ampliando algunos comercios y estableciendo nuevos puntos de referencia. En definitiva, la apropiación del espacio, en contraste con su caracterización inicial con el “no lugar” que plantea Augé (2000), desdibuja las restricciones que no le permitían ser lugar como tal. Es por ello, que consideramos

que otros acercamientos teóricos serían más pertinentes para el análisis urbano. Por ejemplo, nociones de barrio, pertenencia y socialización en espacios cotidianos.

En lo que respecta a la descripción del espacio mismo, las tres cuadras más cercanas a la plaza 2 de mayo de la Av. Alfonso Ugarte (6, 7 y 8) son el escenario principal, de veredas con un ancho no mayor al metro sesenta, cuya estética representa el orden y limpieza de muchas vías peatonales bastante transitadas. De un lado, los muros y paredes de las edificaciones señalan el fin de la anchura de la vereda; y, del otro lado, se ubica la pista sin restricciones de ingreso más que por un escalón de profundidad y el tránsito de móviles en dirección a la plaza.

Figuras 2 y 3

Mapas licitación por Nicoll (izquierda) y Mariana (derecha)



Así mismo, algunos autos transitan por los jirones colindantes, a excepción del Pasaje Larrabure, en el cual el ingreso de autos es casi nulo, o al menos no percibido por ninguno de nosotros durante nuestras visitas, lo cual propicia la movilidad de los transeúntes en medio de la pista. Adicionalmente, la presencia de cámaras de seguridad a la entrada de lo que podrían ser prostíbulos y otros comercios, dan a sospechar la posibilidad de que las movilidades o transiciones de los distintos agentes son vigiladas y controladas, es decir, que la zona, dado el tipo de comercios que alberga, está afectada por distintas dinámicas de patrullaje y control, como demuestra la presencia de serenazgo y policía.

Pudimos reconocer distintos agentes participantes como sexotrabajadoras, clientes hombres, proxenetas, peatones y vendedores ambulantes que conforman

y construyen las dinámicas de este lugar. Es importante resaltar la presencia de hostales y hospedajes clandestinos, sin entrada visible, sin regulación, de pago rápido y acceso disimulado. En ese sentido, parece existir un comercio centralizado en tres grupos: higiene (con relación a tópicos, farmacias y el hospital); belleza (con relación a peluquerías, centros de belleza y venta de ropa); y consumo (con relación a restaurantes y tiendas). Estos ejes sugieren una suerte de posible recorrido para trabajadoras y clientes: las trabajadoras pueden utilizar productos de belleza e higiene para su labor, los clientes pueden obtener dinero para el consumo en las agencias bancarias de tiendas y acceder a los comercios de hostelería.

Muchos de estos comercios se relacionan con las sexotrabajadoras en dos dimensiones. En primer lugar, se sugiere que muchos de estos comercios son frecuentados por ellas durante sus trayectorias, lo que los hace puntos de encuentro y referencia para potenciales clientes. En segundo lugar, se sugiere que muchos comercios se han adaptado a las necesidades de sexotrabajadoras y clientes: los hoteles son clandestinos y “ocultos” de la vista pública; la mayoría de comerciantes venden productos de moda femenina (como brasieres o minifaldas) y las farmacias priorizan en sus escaparates distintos anticonceptivos.

Las trabajadoras que, estaban generalmente más próximas a las paredes, parecían mantener su posición, pero también era común que se desplazaran dentro de la acera, ya sea para negociar con un potencial cliente, acercarse a alguna compañera, dirigirse a alguno de los comercios cercanos o al hotel/comercio al que se deban. Si bien las trabajadoras sexuales transitaban libremente por la acera, su aparente posición detenida junto a las paredes las hacía mayormente identificables: la pared era suya y el mantenerse en ella reconocía la disposición de participar en el comercio sexual.

Las cuadras 6 y 7 de la Avenida Alfonso Ugarte concentraban a las trabajadoras, pero menos aglomeradas. A partir de la cuadra 8 de la avenida la presencia de trabajadoras era nula o poco visible. Las cuadras de los jirones más cercanas a la avenida eran las más concurridas por ellas. Notamos mayor concentración de ellas en el Jirón Angaraes hasta su intersección con el Pasaje Larrabure. En nuestra primera visita pudimos contar alrededor de cuarenta trabajadoras de pie en ese tramo corto de apenas treinta metros aproximadamente. Asimismo, el Jirón Zepita era el más conglomerado, pero durante la noche.

Muchos de los potenciales clientes también limitaban su movilidad alrededor de la zona y podían detener su marcha. No podríamos identificar si realmente querían el servicio o no, pero muchos se agrupaban en esas cuadras. Tal como se ve en la siguiente imagen, donde la cantidad de hombres al lado opuesto de la vereda es sorprendente. Esto es denominado por nosotros como el *escaparate invisible* entre consumidores y proveedoras del servicio, por ser una especie de “mostrador” donde las mujeres parecen estar en un escaparate a la vista de la gran cantidad de ojos masculinos.

Figura 4*Escaparate invisible*

En los bordes de las veredas se podían identificar de un lado trabajadoras y de otro, clientes observando, con morbo e interés, quizás decidiendo con quién establecer contacto. Aun así, las trabajadoras parecían no siempre prestarles atención o comunicarse con ellos: parecían esperar a que el otro iniciara la negociación en la que ellas tenían la última palabra. Esto parece demostrar su propia agencia y no la pasividad atribuida a sus cuerpos objetivados. Sin embargo, esta evidente atención y observación constante por parte de los hombres daba pie a cuestionar si acaso todos eran potenciales consumidores. Nuestra participación en estas coreografías, y la atención que también recibimos por parte de estos hombres, estimuló la sospecha de que no todos de los que se hallaban posicionados frente a las trabajadoras sean clientes sino cafichos, proxenetas o vigilantes de la labor de las sexo trabajadoras posicionados entre posibles clientes.

En el pasaje Larrabure, una de las calles traseras, el paisaje suponía un evidente contraste: los hombres se hallaban situados de pie próximos a las puertas abiertas de lo que serían entradas a prostíbulos o casas utilizadas para los encuentros sexuales. Esta cuadra no contiene los mismos escenarios; de hecho, el paisaje es desolado de acuerdo al horario de visita. En el día, hay muy poca presencia de mujeres en movilidad y más bien se caracteriza por la presencia casi única de hombres. El ingreso y tránsito de mujeres aquí es específico, por lo general, las trabajadoras se quedaban cerca de las entradas del pasaje. Sin embargo, en determinados horarios del día este lugar se encontraba totalmente conglomerado de sexo trabajadoras y hombres. Transitar esta zona fue bastante intimidante durante la investigación, pues el total control y dominio del espacio parecía pertenecer a estos hombres de gesto frío, vigilante y posicionamiento inamovible.

Por otro lado, el recorrido de los peatones, que en su mayoría solían transitar las cuadras de la Av. Alfonso Ugarte hacia la plaza 2 de mayo, se ven propiciados por los paraderos formales e informales de los buses, combis y automóviles que pasan por la avenida. El tránsito de los peatones, dialoga con el de los agentes antes mencionados, pues estos se movilizan entre sí, creando recorridos que se superponen constantemente. También se pudo observar que, los peatones cruzan el espacio como espectadores participantes, pues están también atentos a lo que acontece entre los demás agentes: imperan la curiosidad y la vigilancia entre los transeúntes y los clientes, muchas veces traslapados entre ellos.

Finalmente, tenemos a los vendedores ambulantes. Algunos son formales, pues tienen permiso de la municipalidad y se ubican en la cuadra 5 de la avenida, la más cercana a Plaza Dos de Mayo; y otros, informales, cuyo tránsito o posicionamiento dialoga con los demás agentes involucrados. Por ejemplo, un hombre mayor extendió su parche en el suelo para vender prendas estereotipadamente femeninas y sensuales a las que las trabajadoras se acercaban a revisar y preguntar. Los vendedores ambulantes se ubican en las cuadras de la avenida y mantenían interacción con todos los agentes, además de aprovechar la concentración de personas en esas cuadras.

Simbología corporal: micro dinámicas eróticas.

Como queda claro, luego de lo presentado anteriormente, que muchas de las interacciones en la zona de Alfonso Ugarte responden a acuerdos implícitos y acciones limitadas. En ese sentido, el acercamiento de los clientes, la toma de paredes como espacios de distinción y la producción del *escaparate invisible* son transmitidos a través de elementos simbólicos como la pose corporal, la vestimenta, los gestos de acercamiento o el intercambio de miradas, lo que, a partir de la repetición y normalización, implica patrones reconocibles.

Al inicio de la investigación sugerimos que la performance de las trabajadoras sexuales implicaba la producción de distintos significados a través de acciones explícitas y evidentes, asumiendo ellas un rol activo en la búsqueda de clientes y acciones suficientes de distinción entre ellas y otros actores urbanos. Los hallazgos sugieren un sistema de significados mucho más sutil, basado en complicidades. Este sistema parece convivir con una serie de prácticas más “cotidianas” y relacionadas con espacio público. El cuerpo transmite, entonces, desde su propia presencia y toma del lugar, sin necesidad de realizar otras acciones y representaciones en el proceso.

Las mujeres que solían estar en la zona tenían una apariencia joven: la mayoría parecía tener un rango de 20 a 30 años. Según *Amanda*¹⁴, la mayoría de las chicas eran de Venezuela, dato que pudimos corroborar al escuchar ciertos acentos: la sinfonía de sonidos urbanos destaca por la aparición de nuevas expresiones, énfasis de palabras

14 Nombre ficticio de la trabajadora sexual con la que conversamos.

y otras expresiones orales asociadas con un origen específico. Las trabajadoras estaban arregladas según su deseo. Algunas usaban una vestimenta “sport”, otras más elegantes, pero sugiriendo cuidado a través del cabello arreglado, el maquillaje, la ropa, y los zapatos limpios.

La ropa guardaba un mismo patrón: mostrar partes del cuerpo de manera “provocativa” al usar faldas o vestidos cortos y escotes. Lo cual, como se mencionó anteriormente, también impacta en el comercio en esas cuerdas, mediante la venta de prendas similares a las que ellas usaban. Además, es necesario resaltar la interacción no verbal a partir de gestos y acciones. La interacción observada era mínima; pero, en ciertas ocasiones, hemos visto conversaciones o acercamientos por parte de ellas para llamar la atención de potenciales clientes, pero estos solo se establecen a partir de juegos de mirada previos y negociaciones implícitas.

Como menciona Douglas (1973), el cuerpo es un mapa de significados. Por lo que la ropa y las actitudes comunican de igual manera que la propia comunicación verbal. Para Kogan (2010), el simbolismo corporal significa que “el cuerpo constituye una materialidad que administrar con esmero: dime cómo es tu cuerpo y te diré quién eres” (p. 06). Entre los estudios sobre el cuerpo, se reconoce que este puede representar las prácticas sociales, ser portador de significados y sustentar o expresar relaciones de poder (Kogan, 2010). En nuestros hallazgos encontramos que efectivamente el cuerpo de las sexotrabajadoras representaba la existencia de esta actividad sexual donde confluyen las necesidades económicas y la mirada masculina hacia los cuerpos femeninos. Asimismo, portan significados sociales como la sensualidad, la diversión, el placer, entre otros. Y, por último, parecen sustentar una relación de poder, aunque no aparente, de cómo todo sigue girando en torno a una posible dominación patriarcal de sus cuerpos.

Los cuerpos eran principalmente jóvenes. Algunos habían sido alterados quirúrgicamente, pero las alteraciones también eran posibles mediante el tipo de ropa seleccionada. Aunque esta era variada (algunas vestían de manera casual) la vestimenta y la puesta en escena contribuían a la diferenciación entre mujeres. El cuerpo se transformaba según la producción de ideales de belleza y objetos de deseo sexual.

El cuerpo producía significados, además, por la relación entre cuerpo y espacio. Las paredes, al ser el espacio apropiado para las mujeres, expresaba una barrera entre unos y otros: acercarse es admitir el interés por acercarse al comercio sexual y ubicarse en la pared es, probablemente, aceptarse parte del grupo de sexotrabajadoras. La intención masculina se refleja al fijarse en el cuerpo y limitar la movilidad. El acercamiento y la despedida –ambos determinados por el silencio y la contención– sugieren el mismo estado de vigilancia. El cuerpo, entonces, no solo es un elemento presente en relaciones transaccionales, sino también un productor de significados con relación a lo erótico, a las preferencias estéticas de posiciones dominantes masculinas y la toma de espacios que se resignifican.

La experiencia femenina en carne propia, nos enseña a cuidar de nuestros cuerpos, temerle a la noche y considerar en los hombres a un posible agresor (Cedeño, 2009, p. 865). Sin embargo, en el caso analizado, las mujeres no se ocultan. Aún bajo la sumatoria de identidades que acrecientan la vulnerabilidad, como ser migrantes venezolanas y tener quizás actores que regulan el comercio, ocurre todo lo contrario. ¿Esto nos puede llevar a pensar que estas cuadras representan un espacio democrático?

Este último debate no forma parte del objetivo de esta investigación, pero puede ser abordado en otros estudios donde se prime el análisis de género y poder, con miras al espacio público. La pregunta que dejamos en el camino, tiene como objetivo principal cuestionar la premisa de que las mujeres dominan su cuerpo y el espacio donde trabajan, es decir, si los hallazgos presentados corroboran que han logrado apropiarse y revertir el poder masculino sobre ellas. Lo que queda claro es que la visión arquetípica del trabajo sexual (y su asociación con falta de agencia) debería ponerse en discusión.

Conclusiones

Consideramos que las trabajadoras sexuales se vuelven protagonistas del escenario urbano, al resignificar la zona en la que ejercen su trabajo, incidir en las relaciones económicas y promover, mediante su presencia, el surgimiento de prácticas y comercios. Existe una activa apropiación del espacio público a través del uso del cuerpo, la toma de espacios concretos y el establecimiento de una serie de rutas durante las horas de trabajo.

Vimos que, a través de la presencia de trabajadoras, se reconoce la zona de 2 de mayo como un espacio de tránsito constante, un punto de encuentro para los ejes simbólicos de belleza, higiene y consumo, en el que el rol de las trabajadoras sexuales parece mediar entre ellos. En este sentido, notamos cómo otra serie de eventos sociales se entrecruzan con el rol del trabajo sexual. Identificamos que los espacios con amplia presencia de trabajadoras sexuales pueden insertarse dentro de un sistema complejo de relaciones (comerciales, sociales, etc) que dinamizan el espacio. A pesar de basarse en la oferta sexual, el movimiento económico que generan las incluye en la cotidianidad.

Evidenciamos que el trabajo sexual puede ser reconocido y tolerado en espacios de amplia concurrencia, que su presencia media entre la normalización y la curiosidad, la vigilancia y la permisividad. En ese sentido, reconocemos que los conceptos urbanos utilizados parecen insuficientes para describir la zona en torno al trabajo sexual y el rol de las trabajadoras sexuales. De todas maneras, creemos que este es apenas un primer acercamiento a la presencia de esta práctica y se puede -y debe- profundizar en el análisis de la zona, tomando en cuenta otros elementos, ya sea desde una mirada de lo urbano, o desde otros enfoques, como el estudio de género. Dejamos en los lectores esta tarea siempre y cuando este pequeño acercamiento haya podido despertarles otras interrogantes.

Referencias bibliográficas

Augé, M. (2000). De los lugares a los no lugares. Los no lugares. Espacios del anonimato. (pp. 81-118). Barcelona: Gedisa Editorial.

Cedeño (2009). Los ojos sobre la calle: el espacio público y las mujeres. Zainak. Cuadernos de antropología-etnografía, 32, 855-876.

Cresswell, T. (2004). Defining place. Place a short introduction (pp. 1-14). Malden: Blackwell.

De Certeau, M. (2000). Andares de la ciudad. En Luce Giard (ed.), La invención de lo cotidiano (pp. 103-116). México D.F.: Universidad Iberoamericana.

Delgado, M. (1999). Heteropolis: la experiencia de la complejidad. En Manuel Delgado, El animal público (pp. 23-58). Barcelona: Anagrama.

Delgado, M. (2007). Introducción: de la ciudad concebida a la ciudad practicada. (pp. 11-19) y Pensar con los pies (pp. 73-82). Sociedades movilizadas: pasos hacia una antropología de las calles. Barcelona: Anagrama.

Douglas, M. (1973). Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú. México: Siglo Veintiuno. (Cap. VI. Poderes y peligros, pp. 129-154).

Fernández, S. (2016). El cuerpo y la ciudad. Un estudio de caso de artes performativas colaborativas en el espacio urbano. Kultur, 3(5), 255-266.

Fortuna, C. (2009). La ciudad de los sonidos. Una heurística de la sensibilidad en los paisajes urbanos contemporáneos. Cuadernos de Antropología Social N. 30, pp. 39-58.

Hiernaux, D. (2007). Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos. Revista Eure, 23(99), 17-30.

Kogan, L. (2010). El deseo del cuerpo. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú. Primera parte (pp. 3-41).

Marrero, I. (2008). La producción del espacio público: fundamentos teóricos y metodológicos para una etnografía de lo urbano. (con) textos, 1, 74-90.

Monreal, P. (2016). Ciudades neoliberales: ¿el fin del espacio público? Una visión desde la antropología urbana. Cuadernos-e, 21(1), 98-111).

Turner, V. (1973). Simbolismo y Ritual. Lima: PUCP.

Turner, V. (1988). El proceso ritual. Estructura y antiestructura. Madrid: Taurus.

Taylor, D. (2010). Performance. Asunto Impreso Editorial.

Vallverdú, J. (2008). Antropología simbólica. Madrid: Editorial UOC. [Capítulo 1: La teoría del símbolo y la cultura (pp. 13-30)].